

La tradición liberal en la izquierda norteamericana

Entrevista de Enrique Krauze

Irving Howe es uno de los críticos literarios más finos de Norteamérica. Nacido en Nueva York en 1920, es actualmente "Distinguished Professor" de Lengua Inglesa en la City University de Nueva York. Es autor de varios libros, entre ellos: *Politics and the Novel*, *Steady Work*, *Decline of the New*, *Thomas Hardy*, *William Faulkner*, *World of our Fathers* y, recientemente, una biografía de Trotsky. Ha sido coeditor y traductor de varias antologías de literatura yiddish.

Desde la época de aquel *Plural* y, desde luego, con *Vuelta*, *Howe* y *Dissent* —la revista que dirige hace 27 años— han mantenido una estrecha relación de apoyo e intercambio con nosotros. En abril de este año, *Howe* y su esposa Ilana pasaron unos días en México, ocasión perfecta para que nos hablara de su experiencia: la pasión política e ideológica de los treinta. *Partizan Review*, los "New York intellectuals", la lucha contra el Macartismo, la fundación de *Dissent*, su desencuentro con la "New Left", el incierto perfil de los setenta y la decidida oposición a la política interna e internacional del Ronald Reagan.

En estos tiempos de fervor ideológico, el testimonio de *Howe* es un correctivo invaluable. Su trayectoria, sus ideas y actitudes pertenecen a la mejor tradición liberal de Norteamérica, aquella que rechaza, a un tiempo, la asepsia del pragmatismo y la dogmática soberbia de las sectas. Como Orwell, como tantos otros intelectuales de habla inglesa, *Howe* no juega académicamente con el conflicto entre libertad política y reforma social. Esa lucha de valores y la esperanza de superarla son la sustancia de *Dissent* y de otras páginas vividas o escritas por él.

E. K.

E.K. Empecemos por el final. Sé que está usted escribiendo sus memorias. Háblenos un poco de ellas. ¿Qué épocas cubren? ¿Cuáles son sus corrientes principales?

I.H. En efecto, el libro que preparo ahora es una autobiografía intelectual que arranca a fines de los treinta, cuando era yo un adolescente muy activo en los círculos de juventud socialista en los Estados Unidos. Empieza con una descripción del ámbito en que nació, el escenario del Bronx neoyorkino: calles y calles habitadas exclusivamente por judíos emigrantes de Polonia o Rusia. Hay una evocación del movimiento socialista, particularmente poderoso en esos años, aunque no era un movimiento de masas. A fines de los treinta nos sentíamos al borde del apocalipsis y padecíamos agudamente la presión del totalitarismo stalinista y hitleriano. Nuestra incorporación a la izquierda era natural e inevitable. En ese momento, el grupo trotskista (pequeño, refinado, articulado) entró al movimiento socialista mediante una especie de *raid* y yo fui uno de los jóvenes conquistados por el trotskismo. Por un tiempo breve, dos o tres años, pertenecí al movimiento trotskista. De allí pasé a otros grupos socialistas volviéndome gradualmente algo que quizá ahora podríamos llamar un socialdemócrata. Hay una larga descripción en el libro sobre la vida íntima de una

secta política, tema inédito, hasta donde yo sé, en los Estados Unidos: la precariedad que la caracterizaba, la claustrofobia, la intensidad, la estrechez, la pequeñez pero al mismo tiempo la pasión, el idealismo, el compromiso, la gran altura intelectual, la seriedad de los debates internos. De allí el libro aborda mi experiencia en Alaska durante la Guerra, y los tiempos de postguerra cuando comenzamos a sentir que la vida de la secta se volvía intolerable. Al cabo de unos años el resultado fue la fundación de la revista *Dissent*, una revista socialista independiente.

Cada generación tiene la marca de una experiencia que a veces ocurre en un año o se prolonga una década. La suya fue, por lo visto, la de los apasionados treinta. Cada generación tiene también sus héroes. ¿Cuál fue el de usted?

En estos años la figura central fue, por supuesto, Trotsky. Trotsky nos atraía no tanto como teórico de la Revolución Bolchevique o del Marxismo sino como el hombre que representaba el antistalinismo; uno de los pocos que estaba diciendo la verdad sobre las cosas terribles que sucedían en la Unión Soviética; personaje valeroso dispuesto a plantarse solo frente al mundo. Admirábamos su independencia, sus habilidades literarias, su brillo como escritor; nos cautivaba su gran valor moral. Ahora, con los años, no estoy ya de acuerdo con muchas de sus ideas, pero pienso que hizo una gran contribución al permitirnos disponer de teorías antistalinistas y movimientos incluso fuera de su propio pensamiento. Eso es lo que hace un gran pensador: favorecer la trascendencia a su propio pensamiento. Además de esto, claro, leímos a los grandes autores marxistas, pero Trotsky fue la figura, dominante que capturó nuestra atención e imaginación.

Volvamos entonces a su biografía ¿Cuál fue su experiencia en Alaska? ¿Qué sucedió en la postguerra, antes de la fundación de *Dissent*?

Durante la postguerra no sólo me separé de la secta sino que decidí hacerme escritor. No había tenido esa idea o esa ambición antes. Había sido periodista. A los veinte años editaba un periódico socialista de cuatro páginas que escribía casi todo yo con diversos nombres —una costumbre, claro, no sin precedentes— y mi utópico ideal era ser director de un gran diario socialista en los Estados Unidos.

Pero algo importante me sucedió en Alaska. Alaska fue mi universidad. Vivía en un estado de contemplación. Había una biblioteca en el campo que tenía, digamos, seis buenos libros en cada área, de modo que no po-

día especializarme. Era imposible que me volviese antropólogo o sociólogo. Así, casi contra mis propios deseos, me pude educar con cierta amplitud y adquirir un entrenamiento suficiente para evitar la estrechez de la ideología. Salí de Alaska, y de una manera que aún ahora no tengo clara entendí que quería volverme escritor. Empecé a escribir reseñas de libros y ensayos sobre literatura.

Aquí hay que recordar un factor importante. Existía entonces un grupo que podríamos llamar "Los intelectuales de Nueva York": jóvenes altamente dotados que eran, a su vez, la primera generación de hijos de inmigrados judíos. No escribían tanto ficción o poesía como análisis literario y social, ensayos generales que trataban de entender e interpretar culturas enteras. Menciono a algunos: Meyer Shapiro, Philip Rahv, Harold Rosenberg, etc... En conjunto me llevaban diez a quince años de edad, de modo que yo me convertí en el benjamín del grupo. Eran feroces, batalladores, combativos. Tenían algo del estilo de la *Inteligencia* rusa de fines del siglo XIX: peleando siempre. Como a mi vez yo tenía una cierta experiencia de radicalismo emboné bien con ellos. El grupo concentró sus afanes en una revista que fue muy importante para la vida cultural e intelectual de Estados Unidos en esa época: *Partizan Review*. En esos días, *Partizan Review* no vendía más de 7 u 8 mil ejemplares, pero era tremendamente influyente. Combinaba —no siempre con fortuna— el radicalismo político con el modernismo cultural. Eramos muy *avant garde*, siempre desconfiados de los *middle brow*s, siempre en ánimo bélico en favor de lo nuevo. Con el tiempo vimos que el radicalismo político y el modernismo cultural podían no ir necesariamente de la mano, pero en esos años no advertíamos la dificultad. Fue uno de esos errores creativos. (A veces los errores son más creativos y útiles que los aciertos) En cualquier caso, me vinculé a este grupo de intelectuales que a pesar de su proverbial intransigencia fueron siempre muy amables conmigo. En *Partizan Review* empecé mi carrera como escritor independiente, sin dejar, al mismo tiempo, la militancia política.

Un aspecto importante de este grupo era que lo constituían principalmente judíos cosmopolitas, indiferentes a la religión o a los asuntos judíos, pero judíos a fin de cuentas. (Kafka presentó alguna vez a una compañía de teatro yiddish en Praga con estas palabras: "Damas y caballeros ustedes saben mucho más yiddish del que creen"). Con la perspectiva que da el tiempo veo que todos éramos más judíos de lo que creíamos ser: bloqueábamos nuestras preocupaciones judías, las suprimíamos hasta un cierto punto, queríamos ser cosmopolitas, ciudadanos del mundo, hombres de letras, escritores; pero nuestros oponentes en la vida intelectual norteamericana hablaban de nosotros como "judíos" y en el fondo de nuestra vida diaria, cuando hablábamos uno con el otro, éramos mucho más conscientes de esta condición que lo que reflejaba nuestra vida pública. Constituíamos la primera irrupción de un grupo intelectual judío en Norteamérica. Antes habían destacado ya escritores individuales pero no un grupo. Sobra decir, por añadidura, que éramos profundamente antiacadémicos porque ninguno tenía empleos en las universidades, (Curiosamente, muchos terminamos como profesores).

En fin, para completar el panorama intelectual de la postguerra y las tendencias que condujeron a la fundación

de *Dissent*, hay que recordar cómo se enturbian las creencias a principios de los cincuenta. La gente empieza a dudar del marxismo, a entender que en la lucha entre Norteamérica y la Unión Soviética (independientemente de los grandes defectos de la primera) era preferible la victoria de la democracia sobre el totalitarismo. Las antiguas certezas del marxismo ortodoxo al que muchos de estos intelectuales se sentían ligados, comenzaron a desmoronarse. Hay pues toda una gama de factores en esos años: la lucha por la modernidad cultural, el radicalismo político, el ingreso de los judíos de Europa a la escena intelectual norteamericana y la desintegración del sistema de creencias, valores y teorías que nos había nutrido.

Dijo usted "nuestros oponentes en la vida intelectual". ¿A quienes se refiere?

En primer lugar, a los académicos de viejo cuño, profesores cuyo trato con la literatura era histórico en el sentido más pobre de la palabra, esto es, filológico; gente que no veía en la literatura algo vivo. Otros enemigos nuestros, aunque luego nos acercamos a ellos, fueron los *New Critics*, los formalistas que tendían a ver en la literatura un fin en sí mismo, una actividad sin relación alguna con el momento histórico, con una particular sensibilidad social. Nosotros polemizamos con ellos. Pero había algo interesante en esta lucha que sólo ahora he visto con claridad. Un conflicto entre dos grupos literarios en los que hay seriedad y talento suele ser de gran utilidad. Ellos aprendieron de nosotros y nosotros de ellos. Aprendimos más de los Nuevos Críticos que los discípulos de los Nuevos Críticos. En las polémicas nos corregíamos mutuamente los excesos. Tenían gente brillante como Allan Tate, Iva Winters... Nos respetaban y los respetábamos. Conviene agregar una cosa. En estos años la crítica literaria se ejercía y leía con una seriedad que no ha recobrado posteriormente. Uno podía encontrarse con gente joven, y yo entre ellos, que deseaban convertirse en críticos literarios y dedicar toda la vida a la crítica literaria. ¿Por qué? Bueno, porque la política se había vuelto principalmente política de izquierda, una labor menos atractiva, menos interesante, más problemática e incierta; mientras que como crítico literario parecía que uno podía escribir sobre cualquier cosa. El tipo de crítica literaria que nosotros ejercíamos no se confinaba al análisis textual (cuántos verbos y adverbios en un párrafo) sino que era una suerte de *weltgeshijje** uno podía escribir sobre todo lo cual no dejaba de ser un peligro. Pero estaba también la lucha por la modernidad cultural, la batalla en favor de la poesía de T. S. Eliot, la ficción de Joyce, Kafka y Proust, las obras teatrales de Brecht y Pirandello. Ahora estos autores son aceptados completamente pero entonces eran objeto de odio por parte de muchas publicaciones *middle brow*. Ser crítico no significaba sólo comentar este o aquel libro, éste o aquel poema, sino involucrarse en aquello que los alemanes llaman una *Geistkampf*, una lucha decidida por una visión de mundo, el compromiso con un tipo de vida cultural e intelectual.

¿Cuál fue la actitud suya y de su grupo frente a Eliot y Pound? ¿Cómo deslindaban ustedes las opiniones políticas de la excelencia literaria en ambos?

Para mí siempre fueron dos casos distintos. De joven, veneraba a Eliot. Sabía que era políticamente reacciona-

* *Weltgeshijje*: Historia mundial

rio, sabía que tenía ideas detestables. No me importaba. Eliot representaba para nosotros el espíritu del tiempo, representaba la soledad y desesperación de la vida urbana. Solíamos recitar de memoria: *April is the cruelest month...*; yo sabía de memoria toda la *Love song of J. Alfred Prufrock*. Adorábamos a Eliot. Pound fue algo distinto. No sólo era antisemita (en ese tiempo aún no sabíamos a qué grado) sino que los *Cantos* eran una jungla, un laberinto que no podíamos descifrar. Pound era, precisamente, el héroe de los Nuevos Críticos, pero nunca el nuestro. A nosotros no nos movió. En 1947 se desató una tremenda querrela con ocasión del Bollingen Award, un premio que se otorgaba a grandes escritores. Entonces sabíamos ya que Pound había hecho transmisiones radiofónicas para Mussolini y que había transmitido y producido terribles discursos antisemitas. El jurado, en el cual estaban Auden, Eliot y Lowell, quiso premiar a Pound. Entre los jueces, sólo Carl Shapiro votó en contra. Iniciamos una gran ofensiva. No queríamos que se encarcelara a Pound; reconocíamos que era una figura importante en la literatura contemporánea y que ocasionalmente escribía hermosos poemas; pero no queríamos honrarlo. Sentíamos que no se podía honrar a un poeta con esa carrera, con esos antecedentes. Aquello fue complicado y no viene al caso entrar ahora en detalles. Resumen: Eliot era un ídolo, Pound un enemigo.

Hace un momento se refirió usted al antistalinismo como una postura común en Norteamérica durante los treinta. Es sorprendente. En los treinta casi medio mundo era stalinista y la otra mitad fascista. Sólo una delgada franja escéptica o liberal navegó entre Escila y Carybdis. ¿Era realmente normal esta tercera vía en los Estados Unidos?

Esta es una buena observación. Aclaro: Cuando me refiero al antistalinismo me refiero a un antistalinismo de izquierda. Ahora, no sé bien por qué sucedió que el antistalinismo de izquierda fuera más fuerte en los Estados Unidos que en otros países. Sólo puedo especular que en países como Francia, Italia, Alemania, el Partido Comunista era un partido de masas, con cientos de miles de personas, mientras que en los Estados Unidos el partido y, en general, el movimiento comunista, no influyó a las masas, no fue nunca un partido de masas. Otro factor es el papel de los intelectuales, aspecto realmente importante. Hacia la mitad de los años treinta muchos intelectuales de izquierda en los Estados Unidos habían roto con el stalinismo. Gentes como Edmund Wilson, Meyer Shapiro (el gran historiador del arte), Lionel Trilling por supuesto. Esta temprana ruptura tiene que ver quizá con la independencia intelectual, la idea muy sajona de que el intelectual debe bastarse a sí mismo así sea enfrentándose al mundo entero. (Una buena tradición, por cierto). Quizá tenía que ver también con el *glamour* y el romance que provocaba la figura del Trotsky, no tanto por sus ideas como por su ejemplo y actitud. Pero surge la pregunta ¿Cómo es que ese ejemplo no influyó sobre los intelectuales en Europa? Desconozco la respuesta.

“Cuando los intelectuales no pueden hacer otra cosa, fundan revistas”. Supongo que esta frase de usted, afortunada como epígrafe, es inexacta como historia.

Esta fórmula ha viajado por todo el mundo. Pero es de algún modo cierta. Aquellos de nosotros que proveníamos de la izquierda no soportábamos más la claustrofó-

bia, la depresión, la derrota, la rigidez de la vida partidaria y —cosa central— no tolerábamos más los mítines. Una de las fórmulas para detectar a un viejo radical es el temblor nervioso que le produce la sola mención de la palabra mitin. Pero al mismo tiempo queríamos mantener el ideal socialista. Sabíamos que no había posibilidad de sostener un movimiento socialista, pero lo queríamos hacer no como ideología sino como cuestión. El socialismo como problema no como respuesta. Se entiende que una revista parecía el vehículo pertinente. Por otra parte, en nuestro grupo había también amigos que no habían pertenecido a movimientos radicales, escritores independientes como Lewis Coser, Meyer Shapiro, Louis Rosenberg entre otros. En un principio nuestra esperanza de vida no pasaba de un año. Abundaban las revistas que recababan suscripciones y no llegaban a cumplir siquiera ese plazo. Recogimos 2000 dólares, cantidad que en ese tiempo no estaba mal y que nos aseguraba la supervivencia por un año. Y en fin, contra las expectativas, para bien o para mal, hemos caminado ya 27 años. Pero en el inicio no sabíamos, como se dice en Yiddish, que la enfermedad duraría tanto. Nadie nunca cobró por su trabajo. Los editores dedican a la revista sus tiempos libres. Como algunos de nosotros somos profesores podemos disponer de unas horas más. Ahora tenemos un pequeño equipo editorial trabajando, no muy bien pagado por cierto. Por lo demás, *Dissent* nunca tuvo, ni quiso, apoyo institucional: ni un partido, ni un sindicato, ni una institución del gobierno. Hemos sido completamente independientes, lo cual tiene sus pros y sus contras. Cada dos años hay que iniciar una campaña de recolección de fondos y siempre es incómodo y doloroso pedir a la gente que regale dinero. Pero así lo hemos hecho a través de los años.

Pero había también seguramente resortes menos subjetivos: el Macartismo...

Si, el incentivo inmediato para fundar la revista fue el ascenso del Macartismo. Nos oponíamos brutal, decididamente a Macarthy. Pensábamos que muchos de nuestros amigos aun cuando no estaban con Macarthy no se oponían suficientemente a él. En ese momento se inicia lo que yo creo que ha sido una tendencia prolongada hacia la derecha en la sociedad y entre los intelectuales norteamericanos.

En suma, al fundar la revista teníamos dos propósitos en mente: En primer lugar un problema intelectual: qué significa el socialismo; si esta ideología ha entrado en crisis cómo podemos reintegrarla. Este era un propósito, el más íntimo y fundamental. El otro era luchar públicamente, dentro del mundo intelectual, contra el Macartismo. El segundo lo cumplimos bien. Publicamos cosas contra el Macartismo más fuertes, más corrosivas, más valientes que otras publicaciones intelectuales. Nuestra lucha era por la libertad. Luchábamos por el derecho de las minorías, por las libertades civiles y (aunque recelábamos profundamente del comunismo) defendimos con la misma fuerza el derecho de los comunistas a la libertad de expresión. Atacamos toda la legislación represiva que se promulgaba en ese tiempo. Algo de lo que nos hemos enorgullecido siempre es que nuestra oposición al stalinismo no nos llevó a negar a los comunistas el derecho a expresarse libremente.

En cambio, el primer objetivo se complicó. Nos llevó a direcciones que no podíamos prever porque cuando uno

empieza a preguntarse cosas el asunto se vuelve peligroso: una pregunta lleva a otra. En un momento dado pensamos que no podíamos reformular la ideología socialista, que esto era algo fuera de nuestro alcance y entendimos que nuestra misión no era la de proveer respuestas nuevas sino mantener vivas las preguntas y tratar de ser un puente hacia desarrollos futuros.

¿Cuál era la posición relativa de Dissent en relación a otros grupos y publicaciones frente al Macartismo?

Los grupos de izquierda se hallaban en un estado de pulverización. Macarthy había soltado la cacería contra el Partido Comunista. Había muchos grupos pequeños que vivían en la total impotencia. Incluso *Partizan Review*, que sin duda se oponía a Macarthy, carecía del antiguo vigor, le faltaba el viejo espíritu combativo. A nosotros no. Por otro lado, había el grupo de la revista *Commentary*, que sin estar a favor de Macarthy, se interesaba más en luchar contra los críticos de Macarthy que en combatir el Macartismo. Ciertamente, algunas de las cosas que ellos publicaban contra los enemigos de Macarthy (que eran "Compañeros de ruta", que no actuaban con buena fe) eran ciertas; pero nosotros pensábamos que el problema central del país en ese momento era luchar contra el Macartismo, que este era el verdadero enemigo. Internacionalmente, distinguíamos, el enemigo a vencer era la tradición stalinista. Domésticamente, el peligro mayor era Macarthy. Reconocíamos que no había un verdadero peligro de fascismo en Norteamérica pero hay muchas cosas entrañables que es posible perder antes llegar al fascismo; las libertades civiles, por ejemplo. Los hombres de *Commentary* pensaban que no había posibilidad para una izquierda independiente, que el mundo se había polarizado y no había sino dos opciones: Occidente o los comunistas. Cualquier tercera vía les parecía utópica. Nosotros tomamos un camino distinto y más complejo. Estábamos con Occidente (en el caso de Berlín, por ejemplo), pero al mismo tiempo creíamos que para preservar las libertades y la democracia era necesario ejercer la crítica en torno a los gobiernos y las sociedades de Occidente. Esta diferencia entre *Commentary* y nosotros continúa hasta el día de hoy.

Por lo visto la historia política e intelectual de este siglo se perfila en décadas. ¿Qué actitud adoptó Dissent en los sesenta? Me imagino una vuelta a la vieja pasión ideológica de los treinta...

En los años sesenta seguimos en la minoría. Pero el problema no estaba, como ahora o como en el Macartismo, a la derecha, sino a la extrema izquierda. El comienzo de los sesenta fue luminoso, días que parecían presagiar una era de buenos sentimientos. Había realmente una mejor vinculación emocional entre las gentes, atisbos de solidaridad entre blancos y negros, el clima social más propicio que yo recuerde en mi vida. Se vivía una sensación de fe y esperanza alentada por la administración de Kennedy. No es que Kennedy hiciera muchas cosas, pero creó una buena atmósfera. La administración de Johnson continuó —al principio— esta tendencia, sobre todo en su política interna. Desafortunadamente, la guerra de Vietnam lo empañó todo. Para el país fue el gran problema y, para nosotros, una experiencia traumática. Liberales y socialdemócratas sentíamos que la intervención en Vietnam era una equivocación, un hecho moralmente condenable, algo que nunca debió ocurrir. Al

mismo tiempo, era imposible apoyar al bando contrario. Pensábamos que la victoria del Vietcong tendría consecuencias terribles— y en esto la historia nos ha dado la razón. Vietnam vivía condiciones similares a las actuales en Latinoamérica, un cuadro en el que la vida política se ha polarizado a tal extremo que no parecen haber espacios intermedios, ninguna posibilidad para la moderación, para la complejidad.

Regresando a los sesenta, nosotros —repeto— estábamos en contra de la Guerra, pero la naturaleza de nuestra oposición era distinta a la de los estudiantes y la "New Left Movement". Esta Nueva Izquierda creció muy rápidamente; al principio sus puntos de vista no diferían demasiado de los nuestros, pero siendo, como eran, jóvenes, idealistas y sin mucha —o casi con ninguna— experiencia política, nuestras perspectivas y posiciones difirieron cada vez más. El problema de fondo era que en el movimiento radical en los Estados Unidos hacía falta un eslabón, una generación. Nosotros estábamos en los cuarenta, los jóvenes estaban en sus veinte y no había nadie de treinta años, de modo que nunca les transmitimos las lecciones que aprendimos de nuestras torpezas y errores porque no había contacto con ellos. Estaban condenados a repetir nuestros errores. La situación los orilló a radicalizarse, a desesperar. Gradualmente se alejaron de nuestra posición porque la sentían pálida e inefectiva, y empezaron a adoptar concepciones más radicales. No me refiero al comunismo de partido que a estas alturas no jugaba ya un papel, sino al Maoísmo, al Castrismo, a algo llamado vagamente "Tercer Mundo" (un lugar sin dirección ni país) y también, más tarde, a una forma de anarquismo terrorista, el de los *weathermen*, cuya desafortunada doctrina sobre la necesidad de echar bombas en Estados Unidos se fundaba en la creencia de que este era un país "liberal fascista". Ahora bien, hay que entender que la Nueva Izquierda era en ese momento un movimiento de masas: no de masas obreras o de clase media, sino de estudiantes y de un sector amplio de la clase intelectual. La gente que hacía *Dissent*, la gente que pensaba como nosotros, vivía acosada. Puedo confesar que nunca en mi vida sentí un acoso político como el de esos años.

Recuerdo un simposio en una universidad del Midwest. Conmigo hablaban Tom Hayden, uno de los jóvenes líderes (esposo actual de Jane Fonda) y Z. Brezinski que en esos días era solamente un distinguido profesor en Columbia, indiferente a la Nueva Izquierda. Me levanto a hablar. Hay 800 jóvenes en el auditorio. Antes de abrir la boca me abuchean; Tom Hayden había defendido en parte la invasión rusa a Checoslovaquia y yo hablo en contra. Sentado, con una sonrisa en los labios, Brezinski observa la escena. Cuando me siento me felicita, pero no se involucra en el debate porque en el fondo no le compete: para él no es una lucha real. Para mí, en cambio, era una dolorosa lucha interna. Hubieron muchos momentos como este. Recuerdo, por ejemplo, que uno de los jóvenes de la Nueva Izquierda discurrió una teoría sobre el "fascismo liberal" (según esta teoría los Estados Unidos eran liberales puertas a fuera pero vivían dominados por un fascismo corporativo al interior). Para nosotros esto era una estupidez absoluta, una locura. Recordábamos la teoría stalinista del "fascismo social" que se desarrolló a principio de los treinta: su desenlace fue

desastroso y favoreció la llegada de Hitler al poder. Los jóvenes no habían oído nada del "fascismo social" y apenas sabían quién era Hitler (La sensibilidad histórica no florece mucho en los Estados Unidos y la Nueva Izquierda no era la excepción). Sobre esto escribí un artículo en *Dissent*, un artículo áspero, sarcástico que, cabe decirlo, destruyó esta teoría del "fascismo liberal" comparándola con el "fascismo social". Pero la Nueva Izquierda apenas se sintió aludida. Estos chicos estaban poseídos y no podíamos culparlos. En fin, el hecho histórico es que su movimiento se derrumbó y este derrumbe es uno de los mayores misterios que he visto en mi vida política e intelectual: un movimiento social próspero y fuerte que, como si fuese mañana en la mañana, se termina abruptamente. Nadie ha explicado bien porque se disolvió. Es como vivir inmerso en una alucinación, en una obsesión, y de pronto, abruptamente, la realidad penetra y descubre las cosas como son: No, no habrá revolución en los Estados Unidos; no, Estados Unidos no es una nación fascista; no, la clase trabajadora no acudirá a rescatarnos.

Recuerdo otra anécdota muy ilustrativa. Ocurrió durante una plática que daba yo en alguna universidad. En el podio me acompaña un miembro de la Nueva Izquierda, un hombre apacible y amable —que también lo había—. Hablo. Me interrumpe. Realmente sorprendido, me pregunta: ¿Pero es posible que usted crea, de verdad, que no habrá una revolución en los Estados Unidos en un plazo no mayor de dos años? Esto sucedía en 1967 o 68. Tuve que responder: "Sin tratar de ser descortés o inatento con usted: no, yo no creo que habrá ninguna revolución en los Estados Unidos en los próximos dos años". El tipo movía la cabeza como si no hubiese oído una cosa más absurda en toda su vida... Esta era la atmósfera en la que vivíamos. Nunca tan extrema, por supuesto, como en París o como el movimiento de Cohn-Bendit, pero paralizó por momentos a la nación. Además, cosa importante, capturó a los medios de comunicación. Abordar a estos chicos que incendian el *campus*, luchan contra la policía y hacen una manifestación debió resultar más vívido y rentable que la opción de hablar con personas moderadas, con puntos de vista complejos sobre las cosas. Nos sentimos, en suma, muy acosados, pero sabíamos vivir en la minoría y creo que el tiempo nos dio finalmente la razón. Claro, hay situaciones en que uno puede tener razón de una forma inconveniente, de una forma que se vuelve autorestrictiva o rígida. Pero ¿Qué hacer? a eso llevan a veces las circunstancias.

Volviendo a su revista disidente en Estados Unidos ¿Recuerda algunos artículos particularmente notables o influyentes?

Uno de Ignazio Silone, en particular: "The choice of camarads", a mi juicio, uno de los grandes textos del Siglo XX. Silone se pregunta ¿Qué es lo que mueve a un joven a romper con su modo habitual de vivir, qué es lo que lo convierte en un rebelde? ¿Por qué decide no ir más a la Iglesia, abandonar las reuniones familiares, ir a otros mundos y acompañar a otros rebeldes? Silone discurre sobre estos problemas que son el fundamento moral de la idea socialista. Recuerdo otro que provenía de *Esprit* (muchas cosas buenas provienen de *Esprit*). Era un artículo sobre "Realismo socialista" escrito por Andrei Zinyavsky, el escritor ruso. Uno de los grandes textos del

siglo, pienso también. Empieza como una refutación de la doctrina estética del realismo socialista pero se mueve a defender un arte superrrealista, un arte que da cuenta de la vida en una sociedad totalitaria como ningún realismo corriente puede hacerlo. Yo mismo escribí en 1965 un artículo importante, "Estilos de izquierda". Este artículo fue el ataque polémico a la Nueva Izquierda que de hecho inició la guerra entre nosotros.

Para muchos la década de los setenta fue la cruda de los sesenta. ¿Usted que piensa?

La situación en los setenta se simplificó en un sentido y se hizo más difícil en otro. En los sesenta había contra quien pelear. Es como el matrimonio: uno necesita con quien pelear. No tanto que la gente de la Nueva Izquierda hubiese cambiado de opinión, era más bien que su movimiento se había disuelto. Lo que sucedió en los setenta es algo verdaderamente extraño. Son un vacío, son como un sueño que pasa y no deja casi huella. El problema lo tengo ahora con mi libro: no sé que hacer con los setenta. Hubo un solo fenómeno importante: el ascenso del feminismo, pero aparte de esto fue una década sin forma, sin perfil.

En la portada del último Dissent, el viejo y ominoso Herbert Hoover anuncia su vuelta a Reaganland. ¿Cual es su querrela con el nuevo Hooverismo?

Nos oponemos decididamente a la administración Reagan. Pensamos que intenta desmantelar el *Welfare State*, institución que está lejos de ser perfecta, pero que cumple una función vital. Cualquiera que haya experimentado lo que significa que sus padres tengan seguridad social en la vejez, una pensión, una ayuda, sabe que el *Welfare State* ha aliviado sensiblemente la vida de millones de personas. Reagan no lo desmantelará totalmente, pero tratará de afectarlo aquí y allá y esto es grave, porque es una institución que si no se mejora cotidianamente terminará por desintegrarse. Nos oponemos a su política exterior, especialmente a las ideas de Mme. Jeanne Kirkpatrick nuestra embajadora en las Naciones Unidas. Su doctrina debe interesar en México especialmente. Según esta dama los Estados Unidos deberían apoyar regímenes "moderadamente" autoritarios pero no totalitarios. Es cierto que se pueden hacer ciertas distinciones entre regímenes autoritarios y totalitarios; que los primeros son menos represivos que los segundos etc... Pero en cualquier caso, un régimen como el chileno o como el argentino, puede ser tan o más brutal y sangriento que un régimen totalitario. La aplicación de esta doctrina tendrá dos consecuencias: pondrá a los Estados Unidos al lado de los elementos menos populares y represivos en la región, elementos que, a mi juicio, están destinados a caer (como Somoza finalmente cayó); en segundo término se estará haciendo el juego a aquellos regímenes o grupos que supuestamente se quiere debilitar, es decir, a la izquierda autoritaria. El método mejor para fortalecer a esta izquierda es la receta de Mme. Kirkpatrick. Polarizará a muchas personas que no son comunistas.

Usted ha tocado el punto más sensible: Centroamérica. Haig, Kirkpatrick y demás halcones bloquean la ayuda a Nicaragua y apoyan a la Junta Salvadoreña. El gobierno de México, como usted sabe, ha adoptado posturas diferentes. ¿Cuál es la vía que apoya Dissent? ¿Cómo interpreta la situación?

Debo ser honesto y confesar que no sabemos mucho

sobre lo que está pasando en El Salvador. Hasta hace algunos meses, muchos norteamericanos ignoraban probablemente la situación geográfica de El Salvador. No sabemos nada de su historia o su cultura. Muchos intelectuales de izquierda en los Estados Unidos tienen una fórmula abstracta llamada "Tercer Mundo" que aplican a la India, Bangladesh, Zaire, Tanzania, Chile, El Salvador... Esto no tiene sentido intelectual ni político porque ignora la realidad y la diversidad de los países. Con unos cuantos días en México, mi mujer y yo tenemos la impresión profunda de una sociedad viva, con sus propias convenciones y caminos, su propia cultura, estilos, virtudes y defectos. Uno no puede llegar con un marco explicativo abstracto para aplicarlo a esta realidad. Los esquemas habituales social-demócrata, liberal, etc... quizá no sean incluso posibles en estos países. No sé. Las soluciones deben surgir orgánicamente del propio país.

Ahora en relación con Nicaragua y El Salvador. En primer lugar, insisto, tenemos la tremenda dificultad de carecer de una información precisa y confiable. Los reportajes son pobres o, cuando menos, no son lo suficientemente sofisticados, no se preguntan las cuestiones importantes. Ahora, desde mi punto de vista personal, creo que hay bases para tener fe en Nicaragua. La revolución sandinista contra Somoza fue positiva: contaba con el apoyo masivo del pueblo; era, de hecho, la guerra de todo un país para deshacerse del dictador corrupto. Ahora hay una lucha interna entre la gente que trata de establecer una dictadura de corte castrista y otros que

quieren una sociedad más plural y abierta, no una democracia pura (porque por lo visto las condiciones sociales en Centroamérica no lo permitirían) pero sí una democracia imperfecta. Ahora bien, cuando la administración de Reagan suspende o corta la ayuda a Nicaragua, lo que está haciendo es favorecer objetivamente a los partidarios de la primera vía.

Sobre El Salvador. Durante los últimos meses he estado leyendo mucho sobre este problema, lo suficiente para darme cuenta lo poco que sabemos, pero lo necesario también para entender que este pequeño país, pobre, postergado, tiene su propia historia, su cultura y complejidad propias. Mi opinión personal, de nuevo, es que la administración Reagan nos conduce al desastre. El envío de ayuda militar a la Junta —ayuda que el propio Duarte dice no querer— es una medida que hace el juego a los terroristas dentro del ejército que han asesinado a miles de personas. Sobre la oposición, en verdad, sé poco. Estoy seguro que Ungo es un hombre decente, como Duarte lo es también, pero uno se pregunta: ¿quién controla a quién? ¿Tiene Ungo verdadero poder? Si las guerrillas triunfan ¿tendrá poder o será arrasado? ¿La oposición está controlada esencialmente por elementos castristas? No sé. Yo no soy de los que levanta su bandera para apoyar a las guerrillas, pero al mismo tiempo creo que la política centroamericana de Reagan es un grave error. Mi inclinación personal se resume en dos posibilidades: La primera: si hay o puede haber alguna fe, ésta sólo puede adoptar la forma de un cese del fuego, un acuerdo entre las dos partes seguido de elecciones libres supervisadas por los países democráticos del área: Costa Rica, Venezuela, México. Pero el problema, claro, es averiguar cómo controlar al ejército que ha destruido toda posibilidad democrática en el pasado. La otra dramática posibilidad, desde el punto de vista de quienes queremos, a un tiempo, reformas sociales y libertades políticas, es admitir que llegado a un punto de polarización, hay situaciones insolubles. Es doloroso pensar así, pero tal vez debemos encararlo.

No hace mucho estaba de moda hablar de la decadencia norteamericana. Tan pronto Irán liberó a los rehenes y Reagan llegó al poder, se habla de un renacimiento. Ambas ideas son sin duda exageradas. Pero hay una crisis en Norteamérica, esto es indudable. Usted la ha señalado muchas veces...

Así es. Tenemos muchos problemas: inflación, ambiente, seguridad, la OPEP... Hay, como dije antes, toda una ofensiva contra el *Welfare State*. Pienso que no prosperará. Habrá una reacción contra esta ideología de libre empresa sin contacto con la realidad. Habrá un mayor control social de la economía. Por lo demás, es cierto. Vivimos una crisis que se manifiesta en la superficie pero cuyo trasfondo es una crisis mayor: la de la civilización occidental. Esto no es algo mesurable día a día. Ha estado ocurriendo por lo menos hace un siglo. Se resume en una pregunta ¿Podemos mantener, en un mundo secularizado, siquiera parcialmente, los valores que en el pasado sustentaba la religión? ¿Cuál es el horizonte de supervivencia de los valores liberales? ¿Podemos resistir al totalitarismo? Y por lo que atañe a la sociedad norteamericana ¿Podrán los jóvenes hallar modos de vida y valores significativos, distintos de la mera acumulación material?